

equipajes y carros formados en hileras de tres en tres y de cuatro en cuatro. Ascendían los carros á ocho mil trescientos ochenta y seis; los seis mil ochenta y seis tirados de mulas, y los dos mil y trescientos de bueyes. Llegaban á trescientas las acémilas, y á dos mil quinientos los gastadores, con la demas gente de servicio y de la artillería, á que estaban destinadas doscientas ochenta personas, quinientos carros de mulas y trescientos de bueyes, sin contar los equipajes de los que iban en clase de aventureros. Marchaba el duque de Alba acompañado del gran prior don Fernando, su hijo, de don Francisco de Alava, maestre de campo general, y otros caballeros de su comitiva, en la vanguardia, en el espacio que dejaban los escuadrones de caballería.

Se vé que esta formacion, mas que de marcha y de camino, era puramente de parada, en honor al rey que la estaba presenciando, y que sin duda debió de quedar muy complacido del buen orden con que marchaban las tropas, de su vistosidad, del buen estado del personal, como de la artillería y mas enseres materiales. Tenia un papel ó estado de los cuerpos con la disposicion en que estaban colocados, que consultaba á menudo, segun iban con paso lento desfilando. Despues que hubo pasado el ejército, volvió el duque de Alba acompañado de su estado mayor á presencia del rey, y habiendo tomado sus últimas órdenes y besádole la mano, atravesó inmediatamente la frontera. El rey se retiró á Badajoz para aguardar el resultado de sus operaciones.

Mientras tanto el marqués de Santa Cruz, encargado del mando de las fuerzas navales que á la guerra de Portugal se destinaban, se hizo á la vela en el Puerto de Santa María, con cincuenta y seis galeras de España, Nápoles y Sicilia, en que iban don Juan de Cardona y don Alfonso de Leyva, habiendo recibido en ellas cuarenta y seis banderas de infantería, compuestas de cuatro mil y setecientos hombres. Tomó inmediatamente el rumbo el marqués hácia la boca del Guadiana, y á la altura

del puerto de Ayamonte dió fondo, esperando las comunicaciones del duque de Alba, para arreglar á ellas sus operaciones ulteriores.

## CAPITULO LV.

Continuacion del anterior.--Campana de Portugal.--Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.--Llega á Setubal.--Expugna su castillo.--Se embarca en el Tago.--Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.--Huye don Antonio.--Entra en Lisboa el duque de Alba.--Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.--Se retira éste á Oporto.--Pasa el Duero Sancho de Avila.--Entra en Oporto.--Huye de Portugal don Antonio.--Queda todo Portugal por don Felipe.--Sale éste de Badajoz.--Entra en Portugal.--Celebra Córtes en Tomar.--Es reconocido por rey de Portugal.--Su entrada pública en Lisboa (1).

1580—1581.

No era difícil conjeturar la suerte que estaba reservada á un ejército tan bien dispuesto, mandado por un jefe de la merecida reputacion del duque de Alba. Estaba el pais que iban á invadir dividido en diferentes parcialidades; y aunque la causa del rey de España era tan impopular, no habia en Portugal otra bandera á cuya sombra estuviese acogida la generalidad del reino. Entre todos los aspirantes á la corona de Portugal, solo habia tomado las armas don Antonio; y aunque contaba éste con un gran partido, no era bastante para asegurar sus pretensiones. Estaba quieto el duque de Braganza, calculando mejor los obstáculos que se oponian á la vindicacion de sus derechos. Se habian reducido al silencio los agentes de los dos príncipes extranjeros, y si los gobernadores estaban irritados de que el rey de España quisiese hacerse justicia por su mano, propendian, tal vez por miedo, mas á su causa que á la de los otros pretendientes. A pesar de que el pueblo portugués, en gene-

(1) Las mismas autoridades.

ral, aborrecia la dominacion de España, no le faltaban á éste numerosos partidarios, ya por afición, ya por temor, ya por convicción de que era el mas fuerte de todos sus rivales. Ya antes de moverse el duque de Alba habian acudido muchos á Badajoz á presentarse al rey y rendirle su pleito-homenaje. El duque de Braganza estaba con él, si no en abierta inteligencia, á lo menos muy en vísperas de entablar un tratado de reconocimiento. Continuaba don Antonio organizando á toda prisa su nuevo gobierno y preparándose con sus fuerzas á medirse con las castellanas. Eran aquellas muy escasas, y el prior se hallaba con muy pocos medios de pagarlas, mucho menos de aumentarlas. En lo demas del reino no se habian pronunciado todavía contra ninguno de los pretendientes, ciñéndose todos, por lo general, á obedecer las órdenes de la regencia. Las plazas del interior no eran fuertes, ni sus guarniciones numerosas; y como todo el poco ejército disponible para entrar en campaña se hallaba en la misma costa, no podia temer el duque de Alba encontrar ninguna resistencia. Así entró su ejército en Portugal como pudiera hacerlo en un país amigo. Ocupó sin ninguna resistencia las plazas de Elvas, Olivencia y Montemayor. Lo mismo hizo en Estremoz; y aunque el castillo trató de resistirse, lo rindieron pronto los españoles, habiendo cogido prisionero á Juan de Acebedo, su gobernador. Sin duda para inspirar miedo á los demas jefes que tratasen de imitarle, le condenó á muerte el duque de Alba; mas se templó su rigor á ruegos de los cabos de su ejército, y se contentó con mandarle á Villaviciosa en calidad de preso. Tuvo además la buena política de poner en Estremoz guarnicion portuguesa, mandando tambien que se guardasen y respetasen los privilegios de la vida. Despues de algunos dias de descanso en Estremoz, se movió el ejército español, y con la misma facilidad se apoderó de los pueblos de Evora, Arroyuelo, Alcázar de la Sal, sin que las poblaciones hiciesen movimiento alguno de hostilida-

des, si bien tampoco daban muestra alguna de contento, y menos de entusiasmo. Sin detenerse, marchó el duque hácia Setubal, donde estaba reconocida la autoridad de don Antonio. La ciudad abrió sus puertas sin ninguna resistencia, habiéndose retirado las tropas al castillo, que fué sitiado inmediatamente por los españoles. Como el punto es marítimo, acudió en auxilio de nuestras tropas con sus galeras el marqués de Santa Cruz, á quien habia dado oportuno aviso el duque de Alba. Las galeras portuguesas que salieron en reconocimiento de las nuestras, fueron apresadas en el acto. En seguida se acercó el marqués con sus fuerzas navales, á las que se rindieron sin resistencia todos los galeones portugueses, y despues dirigió el almirante español sus baterías sobre el fuerte. Estrechado así por mar y tierra, y sin esperanzas de socorro, abrió las puertas á los españoles, quedando prisionera su guarnicion, con gran detrimento de las fuerzas de que entonces disponia don Antonio.

Estaba reducido éste á una condicion que parecia ya desesperada. Sin tropas, sin dinero, sin poseer en Portugal mas que á Lisboa y sus inmediaciones, acosado por un ejército español mandado por un capitan de tanta nombradía, sin duda habia llegado ya el caso de que pensase seriamente en venir á términos de un convenio con el rey de España. Mas se enfurecia la muchedumbre que á todas horas le rodeaba, á la sola idea de reconocer por monarca al rey católico. Es un hecho que entre los partidarios de don Antonio se encontraba un número muy crecido de frailes, que con sus discursos inflamaban los ánimos del populacho. Por sus consejos no dió paso alguno el prior de entrar en arreglos, pues le hacian ver que por poco que se prolongara la contienda, le vendrian refuerzos de Francia y de Inglaterra, donde sin duda se veria con muy malos ojos el acrecentamiento del poder del rey de España. Tambien le hablaban de socorros del pontífice, disgustado como estaba con la entrada del ejército español en Portugal, sin aguardar la decision

de los jueces encargados de asignar su corona al heredero mas legitimo.

Era esto último muy cierto. O porque lo considerase en efecto Gregorio XIII como una tropelia, ó porque le causase tambien celos la buena fortuna de Felipe, envió para prevenir el golpe á Badajoz en clase de legado al cardenal Briario; mas llegó tarde, cuando el duque de Alba habia plantado la bandera española en las murallas del castillo de Setubal. Trató sin embargo el legado de pedir audiencia al rey, aunque ya conocia que era inútil. En efecto, Felipe II se mostró sordo á las insinuaciones del pontifice; y como habia ya encargado á las armas la vindicacion de sus derechos, aguardaba tranquilo la sentencia de este tribunal, que tan favorable se le presentaba.

Dueño el duque de Alba de Setubal, no pensó en otra cosa que en seguir adelante con la empresa sin perder momento. Deliberó en su Consejo si seria preferible dirigirse á Santaren, declarada por don Antonio, ó emprender inmediatamente la toma del pueblo y castillo de Cascaes para caer despues sobre Lisboa. Parecia el primer proyecto mas seguro, pero dilatorio. Ofrecia el segundo mas peligros, pues habia que embarcar el ejército y pasar así la boca del Tajo para emprender el sitio de Cascaes, que está en la orilla derecha; pero se abreviaba muchísimo la operacion de apoderarse de Lisboa, que era el grande objeto á que aspiraba el duque de Alba. A este proyecto se atuvo pues el general en jefe, aunque ofreció inconvenientes por las muchas galeras portuguesas que corrian el Tajo, tanto de observacion como para impedir que se verificase un desembarco.

Se hizo á la vela, pues, el ejército español la noche del 20 de agosto de 1580, con la artillería, municiones y víveres necesarios. No se mostraba favorable el viento, y el marqués de Santa Cruz fué de opinion que se difriese para la noche siguiente; mas se empeñó el duque en que se pasase adelante, y aunque corrieron

graves riesgos, llegaron al amanecer muy cerca de la costa. Inmediatamente procedieron á saltar á tierra, verificándolo los primeros Sancho de Avila, don Rodrigo Zapata, Próspero Colonna, don Pedro Sotomayor, el ingeniero mayor Juan Antoneli con una banda de los mas escogidos mosqueteros españoles. Al abrigo de estos desembarcaron los tercios alemanes, formándose en columna conforme se veian en tierra.

No pudieron llegar los españoles sin ser percibidos por la guarnicion del fuerte de Cascaes. Inmediatamente hizo una salida el gobernador don Diego Meneses con cuatrocientos caballos y tres mil infantes. Mas habiendo visto desde lejos el buen orden con que los españoles procedian al desembarco, detuvo su columna sin atreverse á dar sobre ellos. Cuando se formó toda la gente desembarcada en son de acometer, se recogió el portugués con la suya al castillo con una pieza de artillería que arrastraban. Los españoles se acamparon á las inmediaciones de Cascaes, y se prepararon para el sitio.

Al mismo tiempo llegó el marqués de Santa Cruz con nuevas galeras, que se pusieron en actitud de batir al castillo de Cascaes, mientras emprendian la misma operacion por tierra los del duque de Alba. Confió éste la operacion de expugnar el castillo á su hijo don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; mas la operacion duró muy poco, pues los de adentro apenas hicieron resistencia. Muy pronto tremolaron en los muros del castillo de Cascaes las banderas españolas, no sin grande asombro y consternacion de las galeras portuguesas y tropas de tierra de don Antonio que andaban por las inmediaciones. Mandó el duque de Alba ahorcar al gobernador del castillo de Cascaes, y se mostró igualmente riguroso con el de la plaza don Diego de Meneses, que fué degollado de su orden por manos del verdugo en un cadalso. Se atribuye esta sobrada severidad á tropelias cometidas antes por Meneses sobre tropas españolas: otros al designio del duque de Alba de infundir terror

y preparar de este modo la obediencia al rey de España. De todos modos era en él un rasgo ordinario del carácter duro y hasta feroz que habia desplegado en tantas ocasiones.

Mientras tanto hervia Lisboa en confusiones y desórdenes. Atemorizados ya los habitantes con la toma de Setubal, se llenaron de terror al verlos en Cascaes tan cerca de sus muros. A todos los traia consternados la idea de un sitio, y sobre todo de un saqueo. Querian unos que se reconociese por rey al de España, antes de provocar nuevos rigores por parte de su general: los de la parcialidad de don Antonio, y sobre todo, los frailes que se habian mostrado tan adictos á su causa, se obstinaban en llevar adelante la empresa, viendo en la continuacion de la guerra el solo puerto de salvacion que les restaba. Titubeaba don Antonio, y pareciéndole que aún se hallaba en caso de entrar en convenios con el español, llegó hasta solicitar una entrevista con don Fernando de Toledo, que debia tener lugar á bordo de una galera española. Mas habiendo entrado en desconfianzas, y animado cada vez mas de sus parciales, se dispuso á disputar como mejor pudiese el terreno palmo á palmo. Eran pocas sus fuerzas, pues no pasaban de diez mil hombres, mal organizadas, mal armadas, sin ninguna experiencia de la guerra, alistadas tumultuariamente, sacadas algunas de las cárceles y de las clases mas bajas de la plebe. Para atender á su subsistencia, se adoptaron medidas opresoras y violentas. El pueblo, tanto de Lisboa como de las inmediaciones, aunque desafecto á la dominacion del rey de España, se estaba quieto, sin pronunciarse y promover una guerra nacional, la sola cosa que podia sustraerlos al yugo de los extranjeros.

Con la llegada de los españoles á Cascaes, se habia declarado á su favor el pueblo de Cintra, en las inmediaciones de Lisboa. Inmediatamente se trasladaron á él tropas de don Antonio, que le saquearon en castigo de su desobediencia. Al saber este desastre el duque de Alba,

le envió de socorro á Sancho de Avila al frente de algunas banderas españolas; mas como los portugueses, sabedores de este movimiento, evacuasen á Cintra, se volvió del camino Sancho de Avila, viendo que su expedicion era inútil por entonces.

Dueños de Cascaes los españoles, necesitaban para llegar al frente de Lisboa hacerse dueños del fuerte de San Juan de Guerra y de la torre de Belen, que en cierto modo son sus obras avanzadas. Don Antonio, que sabia esto mismo, trató de embarazar la expedicion, poniendo en movimiento las galeras y acercando sus tropas á tierra; mas el duque de Alba aparentó hacer poco caso de esta actitud guerrera, de un rival que cada dia inspiraba menos miedo.

El 8 de agosto se movió el ejército desde Cascaes, tomó posicion en frente del castillo de San Juan, y se puso en actitud de emprender las operaciones del asedio. Es marítimo el fuerte de San Juan de Guerra, sobre la misma orilla derecha del Tajo, un poco mas afuera de su barra. Entre éste y Lisboa se halla la torre de Belen, que está contigua á las primeras casas ó sean arrabales. Á esta torre de Belen se habian arrimado las galeras de don Antonio; mas como se hallaban á la vista las de Santa Cruz, fueron de muy poca utilidad para la defensa del fuerte de San Juan de Guerra. El dia 10 comenzaron á jugar las baterías de los españoles. Las del fuerte respondieron, mas las operaciones del sitio se redujeron á un amago. Tuvo medios el duque de Alba de que se diese á entender á Vaes, gobernador de San Juan, el grave riesgo á que se exponia, empeñándose en una inútil resistencia. Pasó éste en secreto á verse con el duque de Alba, y se convino con él en que le rendiria el castillo, reconociendo en el acto al rey de España; para lo que contaba con ganar las tropas que le guarnecian. Mas para esto no tuvo que emplear ningun trabajo, pues al regresar al fuerte, encontró la guarnicion amotinada, pidiendo que se abriesen las puertas á los españoles. Así se veri-

ficó en efecto, haciéndose estos dueños del castillo sin ninguna pérdida.

A la toma de San Juan de Guerra se siguió la de otro fuerte pequeño, llamado Cabeza Seca, abandonado por los portugueses á la aproximacion de los españoles. Se rindió la torre de Belen sin ninguna resistencia. El ejército español se hallaba ya á las puertas de Lisboa.

Se ve por esta concisa relacion de las operaciones del ejército español, que su campaña desde los muros de Badajoz se habia reducido á un paseo militar, con muy pocas excepciones. Era mucha la fuerza moral y ascendiente que ejercian estas tropas sobre un pueblo dividido en partidos y opiniones, donde apenas se sabia quién mandaba; tan desconcertados y con poco tino obraban las autoridades. Si se miraba con malos ojos la dominacion de los españoles, no era bastante fuerte este sentimiento para producir insurrecciones populares. Los emisarios de Felipe II trabajaban mucho y con acierto, y como no escaseaban ni las dádivas, ni las promesas, mezcladas de amenazas oportunas, desconcertaban mas los ánimos de los portugueses. Se mostraba el duque de Alba digno representante del monarca, que habia sabido emplear tan oportunamente sus servicios. A la edad de setenta y tres años conservaba intacta su reputacion de hábil y entendido capitan, de jefe riguroso y duro, de promotor de la mas severa disciplina. No dejaba, mientras combatia, de negociar y hacer manifiestos en lengua portuguesa, que preparaban grandemente el camino á sus conquistas.

En cuanto á don Antonio, se hallaba verdaderamente reducido á una situacion muy lastimosa. Con pocas y malas fuerzas, sin dinero con qué pagarlas, sin mas apoyo verdadero que algunos de la poblacion, y muchos frailes adictos de corazon á su partido, acosado por unos para que defendiese la capital á todo trance, por otros para que no la comprometiese, exponiéndola á un saqueo, era muy difícil adoptar un plan fijo de conducta. Aconsejado

de su desesperacion, resuelto á probar fortuna, sacó toda su fuerza de los muros de Lisboa, en actitud de ofrecer una batalla al duque de Alba. Al mismo tiempo dió orden á sus galeras para que hiciesen frente á las españolas, queriendo disputar así su nuevo trono sobre ambos elementos. Aceptó el envite el duque de Alba, y en una orden general de 24 de agosto, dió todas las disposiciones para la batalla del siguiente; asignando con admirable precision el puesto que habian de ocupar, y movimientos que debian de hacer los diversos puestos de infanteria y de caballeria, en combinacion con el juego de las piezas de campaña de tierra, y las de las galeras que debian de avanzar, guardando el costado derecho del ejército. Se volvia á prohibir en esta orden general el robo y el saqueo, no haciendo el enemigo resistencia; y se encargaba expresamente que en caso de emprender la retirada el enemigo, nadie entrase en Lisboa siguiendo los alcances, hasta que lo hiciese el todo del ejército.

Se esperaba, pues, delante de los muros de Lisboa una batalla decisiva: desde el amanecer del 24 comenzó á jugar la artilleria de ambas partes, y las tropas á moverse. Arrémetió el primero, y sin orden, el cuerpo de italianos, mandados por Próspero Colonna; y como los portugueses por aquella parte estaban muy apercebidos, por ser la mas flaca de la línea, recibieron con arrojo á los italianos, y los desordenaron. Hizo poco caso el duque de este contratiempo, y dió la orden de ataque, segun las disposiciones de la vispera. El resultado no podia ser dudoso, tratando de dos ejércitos tan desiguales en número, tan diversamente organizados.

Se pusieron los portugueses muy pronto en retirada. Tomó de los primeros la fuga don Antonio, habiendo sido herido, y sin detenerse un punto en Lisboa, salió de la capital con las tropas de su devocion, resuelto á probar en otra parte la fortuna. Mientras se dispersaba de este modo el ejército de tierra portugués, se apoderaba el marqués de Santa Cruz de sus galeras, que